

MARCO MARTOS CARRERA

DISCURSO EN HOMENAJE A LUIS ALBERTO SÁNCHEZ¹

El claustro de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos se reúne en hoy día para conmemorar el centenario del nacimiento de Luis Alberto Sánchez, una de las figuras paradigmáticas del Perú en la época republicana.

Me toca en esta mañana, en representación de la Facultad de Letras que él tanto quiso y ayudó a florecer, expresar nuestro agradecimiento a su fecunda obra literaria, a su talento como organizador y como constructor.

En esta época de especialistas es difícil entender o imaginar siquiera a un hombre de tantas habilidades diversas, de intereses tan disímiles, de entrega tan abierta al bien común. Sánchez era, como Pedro Peralta, al que con mucha dedicación estudió, un humanista a carta cabal, y un hombre de acción. Esta laya de gente es muy rara, hay que remontarse a la época del renacimiento para encontrarla en abundancia.

Desde sus mocedades Sánchez tuvo una inteligencia relampagueante que le permitió alternar en pie de igualdad con los más importantes intelectuales y hombres públicos del Perú. Temprano discípulo de González Prada, convertido en su edad prosecta en símbolo de la voluntad de cambio del país, alternó también con Riva Agüero, que de temprano liberal, había pasado a ser un conspicuo representante del sector más conservador. Pero lo más importante de su frenética juventud intelectual, fue el encuentro con sus pares intelectuales y políticos, Abraham Valdelomar, el conde de Lemos, al que décadas más tarde dedicaría su más hermoso libro, *Valdelomar*

¹ El presente texto, fué leído por el Dr. Marco Martos Carrera, Decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, el 16 de octubre pasado, en el Centro Cultural de San Marcos, con motivo de conmemorarse cien años de la muerte del conocido escritor, político y maestro sanmarquino, Luis Alberto Sánchez.

o la belle époque, César Vallejo, José Carlos Mariátegui, Alcides Spelucín, Jorge Guillermo Leguía, Raúl Porras, Antenor Orrego y naturalmente Víctor Raúl Haya de la Torre.

Temprano empezó la actividad de escritor de Luis Alberto Sánchez. Escribir para él fue una pasión desmesurada, una manera de palpar el mundo, el más eficaz vehículo de relación con los demás. Sin exageración posible, puede decirse sin cometer error, que desde la publicación de *Los poetas de la revolución* en 1919 hasta la edición de *Leguía el dictador*, en 1993, su pluma no descansó nunca. En una ocasión un periodista le preguntó cómo hacía para escribir tanto y publicar todos los años. Sánchez le respondió: «escribo una página por día y un libro por año.» Naturalmente un escritor tan prolífico no deja indiferentes ni a sus lectores ni a sus colegas. Provoca adhesiones definitivas y, justo es decirlo, envidias intelectuales. ¡Cuánto no hemos escuchado hablar de los errores de Sánchez! Pero un hombre que tuvo diario trato con el idioma de Cervantes ha tenido tantos aciertos que todavía es capaz de congregarnos. Precisamente Cervantes, a través de la sabiduría popular de Sancho Panza dijo: «Las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto más se escudriñan cuanto mayor es la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores, siempre, o las más veces, son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos sin haber dado algunos propios a la luz del mundo.

-Eso no es de maravillar- dijo don Quijote, porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito y son bonísimos para conocer las faltas o sobras de los que predicán.

¿Cómo caracterizar la prosa de Luis Alberto Sánchez? ¿Cuál es el secreto de su atractivo? A mi juicio él llevaba a la práctica, más que ningún otro escritor en el Perú el varias veces centenario consejo de Juan de Valdés. «Escribir cómo se habla». Se me dirá que muchos escriben como hablan y no por eso nos deleitan sino que nos causan desazón y a veces aburrimiento. Cierto, retrucaré, pero es que Sánchez, como pocos, hablaba tan bien que seducía a su au-

ditorio, hilvanaba con elegancia sus frases, no tenía las repeticiones vitandas de tantos oradores de hogaño, peroraba con gracia, entregaba una sabiduría de vida en cada discurso o en cada clase. Era, como se dice en el habla familiar, un pico de oro. Ahora mismo, podemos abrir cualquier libro de Sánchez y vamos a disfrutar con su magnífica prosa, ya sea que nos hable de Valdelomar o de Chocano, o del señor Segura, hombre de teatro o de Manuel González Prada, o de Augusto B. Leguía. Si quisiéramos condensar en una frase todo el trabajo intelectual y particularmente literario de Luis Alberto Sánchez ésta puede ser la más cabal: es un testimonio y a la vez una radiografía del Perú del siglo XX. Ni siquiera Jorge Basadre, con toda su profundidad y sapiencia logra trazar un lienzo como lo hace Sánchez de lo que hemos sido los peruanos a lo largo de estos últimos cien años. La obra de Sánchez, para usar una frase suya, es el cuaderno de bitácora de un siglo de la historia del Perú.

Esta vocación para relacionar historia, literatura, y diario quehacer se le fue forjando tempranamente a Luis Alberto Sánchez. Como él mismo lo ha contado, desde su adolescencia en el colegio Recoleta, tuvo ocasión de leer el *Diccionario Histórico Biográfico del Perú* del general Manuel de Mendiburu y la *Historia de la conquista del Perú* de William Prescott. Bajo esa influencia, a los quince años compuso pequeñas siluetas de escritores peruanos, entre los que figuraban Mariano Melgar, Carlos Augusto Salaverry. José Arnaldo Márquez, Ricardo Palma, Luis Benjamín Cisneros, y un año más tarde, la del inca Garcilaso, bajo la impresión del discurso pronunciado por Riva Agüero, al conmemorarse el tercer centenario de la muerte del Inca. Desde entonces no abandonó el propósito de escribir una historia de la literatura peruana. Estando ya en la Universidad de San Marcos, Sánchez pudo enterarse de que Raúl Porras se hallaba escribiendo sobre los satíricos peruanos. Entonces decidió ocuparse de una época absolutamente olvidada: el virreinato. No se equivocaba. Salvo Carlos Prince, nadie había penetrado en época tan difícil. Sánchez emprendió la tarea y durante cuatro años leyó libros farragosos infolios vetustos, páginas que supo rescatar del olvido. El 5 de enero

de 1921, como él mismo lo ha recordado con puntual devoción, lanzó *Los poetas de la colonia*, texto que puede considerarse su primer libro. Esas páginas son ahora mismo, la primera contribución seria al estudio de la poesía colonial. Siete años más tarde Sánchez lanzó el primer tomo de su *Literatura Peruana. Derrotero para una historia espiritual del Perú*, libro en el que presentó algunos de los problemas de nuestra personalidad intelectual: el medio, el hombre, la imitación la originalidad y la literatura quechua. En medio había escrito ensayos sobre Ricardo Palma, El Lunarejo y Góngora y multitud de páginas dispersas, hábito que conservaría durante toda su vida. El segundo tomo de la *Literatura Peruana*, que abarcaba hasta 1800, apareció en 1929. Estaba preparando el tercer tomo, cuando la turbulencia política de esos años terminó desterrándolo. Su pecado: ser aprista. Como lo ha mostrado recientemente Luis Alva Castro, fue Alcides Spelucín quien fue el artífice de la inscripción de Sánchez en el Apra. Puede hacerse una biografía de Sánchez solo desde la perspectiva de su militancia. En la compleja situación que vivimos ahora, justamente cuando lo que más falta nos hace es la esperanza, la vida de Sánchez, atravesada de destierros y de cárcel y de honores civiles que la sociedad supo darle, emerge como globalmente ejemplar. Sánchez se quedó sin patria, durante once años, sin paz, ni estímulos ni nada, pero pudo en 1933, publicar el tercer tomo de su obra, en Santiago de Chile. Esta vez estudió a los escritores peruanos hasta 1860. El exilio lo estimuló para entender mejor al Inca Garcilaso, quien fue a su manera un desterrado. El libro que escribió sobre el Inca, cierto, no traía nuevos datos, pero penetraba en la angustia del cuzqueño. Antes, en 1930, Sánchez había publicado *Don Manuel*, el libro dedicado a González Prada, que ampliaría en 1986, para hacer la biografía de la familia González Prada, uno de los libros más hermosos salidos de su pluma, que hasta cierto punto ha pasado desapercibido por la crítica local.

Sánchez ha confesado que durante los años duros de su destierro y acercándose el cuarto centenario de la Universidad de San Marcos, creyó un deber objetivo culminar su historia literaria y lo hizo con vehemencia, con sinceridad, con pasión y pudo completar

cinco tomos de su *Literatura Peruana* que desde 1951 se ha reeditado y corregido hasta la muerte de su autor.

Al comienzo Luis Alberto Sánchez trató de hacer una historia literaria según el método consagrado, es decir, por personalidades, pero después de leer a Brunetiére se sintió inclinado a seguir el método de los géneros, algo que juzgó luego muy difícil porque en el Perú no existen o están muy confundidos. Pero luego, gracias a la lectura de Taine, hizo un nuevo tipo de historia literaria, llamándola socioliteratura. Conviene destacar que en los años cincuenta los textos de Luckás, el teórico de la sociología de la literatura más importante en el siglo XX, eran desconocidos en América Latina. Son injustos, quienes con la bibliografía actual juzgan el trabajo de Sánchez. Basta decir que el trabajo que él ha hecho, con todos los errores, los ciertos y los dudosos que se le atribuyen, es absolutamente imposible de hacer ahora por una persona. Se necesitan equipos múltiples de especialistas. Y ese es un desafío que tienen la Facultad de Letras y el departamento de literatura de la Universidad de San Marcos: en memoria de Sánchez ofrecer una historia literaria colectiva útil al Perú y sobre todo a los jóvenes que se inician en los menesteres literarios.

Sánchez confesó en una ocasión que finalmente había tratado de mantener una especie de equilibrio entre las tendencias sociales y la inevitable presencia de las personalidades y de esta manera, sin perder el telón de fondo de los actos colectivos, destacar a los individuos que representan a una época. Pero él mismo se preguntaba como lo hace ahora con todo desparpajo Harold Bloom, si contamos con un número suficiente de personalidades literarias cualitativamente perdurables en el escenario mundial o al menos continental; y, en segundo término, si, en consecuencia, se les puede limpiar de las impurezas circunstanciales, o sea del medio en el cual crecen y del que se alimentan para destilarlas. El mismo Sánchez advirtió que en los tomos cuarto y quinto de su libro solo ofrecía una crónica, no una historia literaria, pues los sucesos desde 1920 hasta los más recientes, los sentía demasiado próximos como para emitir juicios objetivos. Concluía diciendo que los escritores y sus obras tienen sus épocas

de auge, que es cuando se hallan en plena producción, pero que apenas mueren se cierra sobre ellos el silencio y comienzan las apasionadas negaciones. Es solo después que se abre paso la justipreciación, la historia. Tales son los casos típicos de Chocano, de Melgar, de Segura, de González Prada. Como elogio para Sánchez hay que decir que siempre quiso volver sobre lo hecho y rehecho porque estaba descontento de lo que había trabajado el día anterior. Estaba convencido de que todo puede ser perfeccionado y de que la perspectiva de lo imposible constituye el mejor acicate de lo cumplido. Siguiendo las angustias de Sánchez de si podemos o no ofrecer un listado de escritores ejemplares al mundo, en esa hipotética lista tendríamos que colocar al Inca Garcilaso en primer lugar, acompañado de Vallejo, colocaríamos también a Ricardo Palma, junto a González Prada para que sigan polemizando y confundiendo sus talentos, estarían Ciro Alegría y José María Arguedas, y Mario Vargas Llosa ciertamente, Eguren, Martín Adán y Emilio Westphalen, pero quien los presentaría ante el mundo sería el propio Luis Alberto Sánchez. Nadie con mayor merecimiento para esa tarea.

No quisiera terminar estas palabras sin rendir homenaje a Sánchez como hombre de San Marcos, tres veces decano de Letras y tres veces Rector, como Pedro Peralta. Despojados de las pasiones circunstanciales de sus antagonistas políticos que vieron sólo maniobras en cada victoria electoral universitaria de Luis Alberto Sánchez, podemos ahora, con toda propiedad, hacer un balance justo y decir que su presencia en la universidad como autoridad del claustro fue benéfica, que fue un verdadero hombre de estado, alguien que tuvo visión colectiva y que nos permitió avanzar, como no la habíamos hecho antes. Baste recordar que en 1963 las facultades empezaron a migrar hacia la ciudad universitaria bajo el impulso de su rectorado. Sólo así la Universidad creció en justas proporciones. Cierto es que durante poco más de veinte años, la universidad ha sufrido una grave crisis, pero es cierto también que ahora está dispuesta a enfrentar vigorosa, los retos del nuevo milenio. Luis Alberto Sánchez permanece en nuestros corazones para ayudarnos en esa larga travesía.

Muchas gracias